... la conciencia está también configurada por toda una serie de símbolos, ideas, mitologías y literatura —sobre todo si entendemos literatura como los mitos de nuestra era moderna; así la definía Lacan. Todo lo imaginado configura a la mente. La “hace”, es parte de su materia. Es por ello que leer (es decir, hacer propias las palabras generadas por otra conciencia, acceder a un sistema de símbolos que amplía el propio mediante un recuento de memorias y vivencias que se vuelven parte de las propias) **configura no solo las maneras que tenemos de pensar sino que organiza a la mente misma.**

Cuando leo literatura (no información, no datos, sino literatura —es decir, textos que parten de la conciencia de otro ser de mi especie para reconfigurar la mía) mi mente guarda los recuerdos de **Emma Bovary** como si fueran propios (*Madame Bovary c'est moi*). Revive las ocurrencias de Jim al escaparse de la Isla del Tesoro, examina y sufre los retortijones de culpa y las interminables justificaciones que llevaron al crimen al estudiante **Razkolnikov**. Así trabaja la mente, imitando otras vidas, almacenando memorias propias y ajenas, aprendiendo del juego que es la vida y del otro juego que es el simulacro de vivir que nos presenta la literatura. Es una manera de ser (no de hablar de o con) los demás. De tener una misma conciencia conectada al todo (o a buena parte del Todo de la especie).

Pero este sueño de la conexión a la conciencia colectiva, ¿es real? En el libro *Una historia de la lectura*, el escritor argentino Alberto Manguel dice que los seres humanos somos entes que leen. Leer es, en su sentido más básico, interpretar signos. Lee el pescador cuando introduce la mano en el agua y siente la fuerza de las corrientes. Lee el astrónomo las estrellas y el astrólogo lee nuestro futuro en ellas. Lee el adivino mirando las vísceras del cordero sacrificado. Leen las mujeres su propio cuerpo para saber si es tiempo para la vendimia. Leemos el clima, los gestos, las palabras. Leemos para ubicarnos en el mundo; para protegernos de él y también para ordenar nuestros actos.

Pero entonces, dirán los más incrédulos, si existen tantos tipos de lectura y por ende, tantas maneras de obtener información y conocimiento, ¿por qué leer libros? Por una sola razón, única e irremplazable. Al leer, accedemos a muchas lecturas a través de ojos distintos a los nuestros. Accedemos a miles de experiencias a través de sentidos y circunstancias que nos exceden, que nos amplifican. **Leer es como vivir la vida de otro por un instante y verlo descifrando los signos del mundo que lo rodea.** Leer es acceder a la experiencia del otro —sea reportero de guerra, poeta de la corte del **rey Luis XV**, sabio y astrónomo de **Chilam Balám**, escritora lesbiana de entreguerras en París o monja mística del barroco mexicano. Leer es una especie de transmigración. Quien lee puede ser Otro, aprender modelos y patrones a través de los ojos de los demás compañeros de especie. Es acceder a otros tipos de conciencia. Es decir, que quien lee accede a mayores modelos y versiones del mundo que quien no lee; conoce mejor su entorno, sobrevive mejor ya que

puede echar mano a herramientas más diversas para encarar los problemas (de supervivencia) que se le presentan. Y siente más que los demás. Perdón, pero es cierto. La lectura crea complicidad. Pero entonces, se presenta el consabido dilema. Para que el acto de la lectura funcione y se complete, debe haber curiosidad. **Debe existir un lector curioso, como el que pedía Cortázar, un lector cómplice.** Los libros sólo funcionan entre gente curiosa, no entre la gente miedosa. Sólo florecen entre individuos y culturas que no están del todo satisfechas con su mundo, con sus experiencias; con los placeres fáciles que conoce y que tiene a mano y que se atreven a desear otra cosa, a buscar algo más. Leer es para inconformes; para gente que sabe, o más bien, que intuye que hay algo más que la mera experiencia “personal” o “aceptada”. Leer es para gente que quiere pertenecer a un mundo más grande del que conoce. Y que no le teme del todo a lo desconocido.

Pero, ¿para qué pertenecer a un mundo más grande que el propio? ¿Acaso no es suficiente verlo por televisión, por internet?

En el ensayo *Ante el dolor de los demás* la escritora **Susan Sontag** revela una de las verdades más potentes de nuestra era : Ver no es lo mismo que vivir. Parece lo mismo, pero no lo es. El “ver” (o, para los efectos de este ensayo, el consumir; para decirlo en posmoderno avanzado) supone una distancia que aleja al “observante” del acto observado. No es lo mismo obtener información a través de la tv o del internet de los bombardeos en la franja de Gaza que vivir allí, esperando que una bomba te vuele en pedazos. No es lo mismo leer que vivir, tampoco; pero muchísimo menos es lo mismo leer información (144 caracteres de Twitter, por ejemplo) que leer literatura. Por algo **Stalin** dijo: **“Una muerte es una tragedia, 100,000 muertos es una estadística”**. Es decir, cuando un evento le revuelca la conciencia a alguien, se convierte en real. Cuando un evento no pasa de ser un dato, pasa a formar parte “objetiva” del conocimiento. Se convierte en información; pero no conmueve. No logra traducir el “qualia”; la experiencia de estar vivo y de interactuar con lo real.

Los libros (sobre todo los literarios) no esparcen información, ni juegan a la objetividad. Antes, hacen desaparecer la imagen o el número; ese que comunica los hechos puros, sin ninguna mediación de la conciencia. Con esto, la literatura busca hacer lo contrario a informar. **Deposita al lector en la Conciencia de otras gentes y de otros pueblos.** Hace que la reviva, utilizando experiencias propias para poder comprender las experiencias ajenas. Es decir, que la experiencia narrada literariamente (que es diferente al consumo informático de datos) no es otra cosa que una trampa, una forma de llevar al lector fuera de sí para que vuelva dentro de sí; en un viaje de ida y vuelta para llegar a sí mismo; o más bien, a un yo cambiado. Ya lo dije antes: leer es una especie de transmigración.

MAYRA SANTOS-FEBRES